

CRÓNICA SOBRE LA EXPOSICIÓN PATAFÍSICA EN LA FUNDACIÓN ETHERNIA. ENTRE LO GROTESCO Y LO INFUMABLE.

Por Sextercio Pírrico

Parece que es ya lugar común en este tipo de iniciativas privadas, encarar la organización de eventos pseudoculturales sin el debido rigor exigible y el asesoramiento de expertos en la materia. En este caso, el **Institutum Patapysicum Granatensis** ha perpetrado una vez más, su enésimo atentado contra el buen gusto, la moral imperante y la estética más básica.

En este caso, tanto las piezas seleccionadas como el entorno elegido, la **Fundación Ethernia**, han sido un cúmulo de despropósitos. Huelga decir que me fue imposible contactar con los comisarios de la exposición a los que intenté prevenir por todos los medios en cuanto a la imposibilidad de su descerebrado proyecto.

En el colmo de la inmundicia pretendidamente artística, situaría la pieza denominada "Un metro cúbico de aire libre" del provocador J.L. Gärterius, una instalación que consistía básicamente en la nada. Todavía me pregunto qué observaban los asistentes en esta instalación. ¿Dónde dirigían las miradas y el pensamiento estas criaturas del señor? Y lo peor aún. ¿Cómo valorar un "objeto artístico" que consistía únicamente en aire? ¿Es acaso el aire una creación artística como lo puede ser la Venus de Milo? ¿Con qué derecho puede un supuesto artista adueñarse de el único elemento que, aparte de intangible e invisible, es libre y gratuito?

Menos puedo decir aún de la instalación "Esto" del polaco Mijail Arninski. ¿Qué es "Esto"? "Esto" es un montón de palabras vacuas sin objeto alguno, un compendio de oscuridad sin sentido, una oda a la inanidad y a la indolencia creativa, un homenaje al absurdo por el absurdo, una mofa al interés por el arte, un escarnio de la crítica artística. "Esto" no es una mierda, es básicamente menos que una mierda: nada; ni siquiera un poco de luz.

El pretendido éxito de la exposición estaba sin duda basado en una oportunista operación de mercadotecnia y propaganda. Sólo podemos entender el interés despertado entre los asistentes en los varios millones de carteles fijados en las paredes de nuestra ciudad, en una agresiva campaña de mailing cibernético y en la perplejidad de los espectadores. Una perplejidad que evolucionaba del escándalo hacia la hilaridad y que se propalaba por nuestra sociedad como la gripe española. Si no sucedió así, sinceramente no me puedo explicar cómo fueron posibles unas colas en la entrada de la calle Pérez Ubú que, en ocasiones, llegaron a superar los dos kilómetros de largo. ¿Es que las masas descontroladas y manipuladas han perdido el norte?

Volvemos a la misma pregunta de siempre. ¿Es arte todo lo que se coloca en una sala de exposiciones? como falazmente pretendía Marcel Duchamp. O por el contrario estamos en un momento histórico donde los delirantes artistas conceptuales aprovechan cualquier ocasión para provocar escándalo, controversia, animadversión y promoción, por medio de atrocidades que no son dignas de ser calificadas como arte.

Del conjunto de la exposición sólo me cabe preguntarme cuál era su propósito, en qué se basaba la organización para agrupar piezas sin la menor relación con el arte o el pensamiento. ¿Se trataba acaso un subterfugio para provocar y escandalizar al respetable? No tengo respuestas para las

muchas y muy sesudas preguntas que me han surgido tras la contemplación de una muestra tan absurda como disparatada.

Tal como están las cosas en lo referente al arte y la cultura, soy cada día más partidario de prender fuego a las facultades de Bellas Artes, a las Academias de lo que sea y a inaceptables engendros como el **Institutum Pataphysicum Granatensis**. Tal vez si lo destruyéramos todo y regresáramos a los parámetros clásicos del siglo XVI, otro gallo nos cantaría.

Alguien tiene que dar la cara, digo yo, ante este tipo de atrocidades. Alguien tiene que pagar por los daños morales causados con semejante esperpento.